

EL ÚLTIMO DINOSAURIO

OSCAR HUMBERTO GÓMEZ GÓMEZ

EL ÚLTIMO DINOSAURIO

TERCERA EDICION
corregida y reordenada

(Sic) Editorial Ltda
Bucaramanga - 1999

PRIMERA EDICIÓN

Diciembre de 1998

SEGUNDA EDICIÓN

Enero de 1999

TERCERA EDICIÓN

Junio de 1999

DIAGRAMACIÓN

Sistemas & Computadores Ltda.

Centro Empresarial Chicamocha Of. 303 Sur

Telf: (97) 6343558 - Fax (97) 6455869

Bucaramanga - Colombia

IMPRESIÓN

(Sic) Editorial Ltda.

Centro Empresarial Chicamocha Of. 303 Sur

Telf: (97) 6343558 - Fax (97) 6455869

Bucaramanga - Colombia

DISEÑO PORTADA

Pedro Jesús Vargas

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra,
por cualquier medio, sin autorización escrita del autor.

Impreso en Colombia

*A quienes no han perdido
la capacidad de soñar.*

CUENTOS

EL HOMBRE QUE RESUCITÓ DE ENTRE LAS FLORES	11
LOS MONAGUILLOS	29
UN CUENTO DE AIRE	41
EL PENE MÁS GRANDE DEL MUNDO	57
EL INDOCUMENTADO	67
SOFONÍAS Y ESCULAPIA	77
EN UNA MAÑANA DE JULIO	83
LOCURA ONOMATOPÉYICA	93
VIAJE A LA NOSTALGIA	105
PLANCHAS Y LAVADEROS	117
RELATO VERÍDICO DEL HOMBRE QUE NACIÓ VIEJO	129
UN CUENTO DE MAR Y CIELO	135
EL CHEQUE	141
LA LEYENDA DEL RÍO MUSICAL	147
UN CUENTO DE NAVIDAD	151
UN TAL FELIPE SALCEDO	155
EL HOSPITAL DE CARIDAD	161
EL CASO DE LA MANSARDA	167
GUANÁBANA	175
MARGARITA	187
LA ESTRELLA	193
SUELO BLANDO	199
LA MARCHA	205
EL ÚLTIMO DINOSAURIO	215

**EL HOMBRE QUE RESUCITÓ
DE ENTRE LAS FLORES**

La tarde glacial y triste en que murió Fernando Sebastián nadie se imaginó lo que iba a suceder en el mundo.

No lo presagiaron ni siquiera en la ciudad, donde vivió tantos años, desde el día lejano en que llegó, montado en su burrito, el diminuto y manso asno que un día se cansó de estar haciendo lo mismo y quiso probar suerte marchándose a trotar por el espacio, a viajar alrededor del mundo, cargando en el lomo niños huérfanos por la guerra que se morían de aburrimiento, los mismos niños melancólicos que, una noche tachonada de luceros, huyeron de sus casas de mentiras, de los hospitales de mentiras, de los refugios de mentiras, y se fueron a buscar el titular de las estrellas, cantando en coro una canción inolvidable que decía: *“Voy a dar la vuelta al mundo montado en un burrito”*.

Fernando Sebastián se quedó esperando el regreso de su borrico, que le prometió retornar apenas terminara su periplo por los mares insondables del espacio, pero ¡mentiras!, porque al volver a la tierra, el asno convenció a muchos otros jumentos y los niños huérfanos viajeros convencieron a muchos otros niños huérfanos, y todos, niños y burros, se fueron, huyendo de la guerra interminable, a darle la vuelta al mundo, trotando, los segundos, sobre los caminos eternos del espacio, y cantando, los primeros, aquella canción

inolvidable que decía: “ *Voy a dar la vuelta al mundo montado en un burrito*”.

El día en que murió, nadie se imaginó lo que habría de pasar, porque a la gente le pareció normal que algún día se muriera, y lo único que presagiaban era que se le enviarían muchas flores, por aquello que ya sabían.

Hasta aquel día histórico, una parte de la humanidad pensaba que el segundo diluvio universal también sería de agua. Otra parte aseguraba, en cambio, con base nunca se supo en qué, que el cataclismo acuático jamás se repetiría, porque sencillamente no era posible que se repitiera, y juraban que el segundo diluvio bíblico habría de ser de fuego: una llamarada incontenible que se iría extendiendo sobre la faz de la tierra hasta convertir el mundo en apenas un montón interminable de cenizas.

Pero a nadie, absolutamente a nadie, ni siquiera al propio Fernando Sebastián, se le ocurrió pensar jamás que pudiera ser de flores.

Por eso el segundo diluvio universal, que ocurrió precisamente el día en que enterraban a Fernando Sebastián, tomó a todo el mundo por sorpresa, y por eso, años después, los historiadores todavía averiguaban, confundidos, cómo se llamaban aquellas flores grises, y aquellas otras verdes, y aquellas otras plateadas, que habían caído a torrentes esa tarde, hasta tapizar las calles, y los tejados, y los parques, y las playas.

Y fue verdad que ese día llovieron millones de flores ignoradas, de las que nunca se acordaban las floristas,

ni ordenaban jamás los novios hipnotizados que con flores trataban de hipnotizar a sus amadas.

Mas todo comenzó en realidad el día en que nació Fernando Sebastián.

Porque ese día el hospital se atiborró de flores, y él, apenas un bebé recién nacido, fue capaz, sin embargo, de reconocer en ellas la belleza del mundo al que llegaba.

Se imaginó entonces que el mundo no era más que un enorme jardín.

Después empezó a crecer y el tiempo se encargó de confirmarle que para él la vida sin las flores no era vida.

Solía decir que la prueba más contundente de la existencia de Dios era que existían las catleyas, o las clavellinas, o los heliotropos, o los agapantos, y de esta manera, cambiando apenas el ejemplo, siempre relacionaba la existencia de Dios con la existencia de las flores.

Fue así como, a lo largo de su vida, estuvo siempre en contacto con ellas.

Cultivaba todas las que podía, en el inmenso solar de su vieja casona, que heredó de una lejana tía solitaria, y alguna vez llegaron a reputarlo loco porque dizque conversaba con los lirios.

No había onomástico, no había funeral, no había casamiento, no había graduación, no había nada que pudiera suceder en la ciudad sin que llegara el ramillete de Fernando Sebastián, a adornar la mesa, o a dar el pésame, o simplemente a irradiar felicidad por las corolas.

Era reconocido en toda la ciudad por su inquebrantable amor a las flores.

Pero Fernando Sebastián no amaba solamente las flores despampanantes de los arreglos florales, flores ricas que adornaban las mesas de los ricos, sino que también amaba las miles y miles de flores silvestres, muchas de ellas ignoradas, muchas que ni siquiera tenían nombre y crecían con anónima humildad entre la maleza, asomando tímidamente sus pétalos por entre las espinas.

Nunca habría de conocerse a alguien que amara las flores más que él.

Por eso, cuando murió, todos los habitantes de la ciudad empezaron a llegar hasta la funeraria, cargando, en su mayoría una corona de flores. Otros llegaron con las manos vacías, pero porque ya habían ordenado una corona floral en alguna florería y sólo se sentaron a esperar la llegada de los mensajeros, que en toda la tarde, y en toda la noche, y en toda la mañana, no cesaron de entrar, y de salir, y de volver a entrar, y de volver a salir, y otra vez volver a entrar, de las florerías a la funeraria, y de la funeraria a las florerías, con más y más coronas, hasta que hubo un momento en que ya no quedó sitio dentro de la espaciosa funeraria donde cupiera una flor más, y hubo entonces necesidad de empezar a colocar las coronas en la calle.

Pero después la calle fue insuficiente, porque seguían llegando más y más y más coronas, con flores cada vez más bellas y exóticas, que iban siendo acomodadas formando un tapiz multicolor, que hacía estremecer de emoción al más indiferente.

Muy pronto comenzó la congestión vehicular, primero alrededor de la inmensa funeraria florecida y luego en las calles aledañas, y luego en las que no quedaban aledañas, y luego en todo el barrio, porque a las pocas horas estaba el barrio entero hermosamente alfombrado de flores.

Mientras llegaba la hora del entierro, siguieron, y siguieron, y siguieron llegando flores y más flores, a pesar de que muchos mensajeros extenuados renunciaron a sus puestos y se refugiaron en sus casas, o huyeron aterrados de la ciudad, o se desmayaron sobre cualquier jardinera, o simplemente se acostaron por ahí, en alguna parte, a recuperar el aliento para después seguir repartiendo las coronas que crecían y crecían sin parar. Pero algunos no fueron capaces de despertarse y continuaron durmiendo hasta la hora del diluvio.

Fue un cortejo multicolor interminable. Pusieron sobre cada carro diez, catorce y hasta veinticinco coronas para tratar de descongestionar las vías, y muchos otros se pusieron las coronas alrededor del cuello, como enormes collares hawaianos, y emprendieron a pie el camino del cementerio.

Pero entonces arreció la maravilla: algunas flores se cansaron de esperar quién las recogiera, así que, aprovechando la tremenda confusión de aquel desfile inacabable, ellas mismas comenzaron a desplazarse rumbo al cementerio, primero con cierto disimulo para evitar que las vieran caminando, y luego, perdida la timidez, en forma franca caminaron delante de todo el mundo, y fueron imitadas, primero por decenas,

enseguida por centenares, y finalmente por miles y millones de flores que, al avanzar hacia el camposanto, le dieron a la vida el espectáculo multicolor más maravilloso de que se tenga noticia antes y después del florecido diluvio.

Llegó, por fin, al cementerio, la enorme multitud de flores caminantes y de personas asombradas, y en apenas unos segundos el camposanto ya no era camposanto, sino un interminable jardín multicolor que se extendía por cuadras y cuadras, y que siguió extendiéndose por más cuadras y más cuadras, hasta llegar a las afueras de la ciudad inmensa, y ahí sí, definitivamente la ciudad se convirtió en un gigantesco arreglo floral, y su aire contaminado dejó de oler a aire contaminado, porque todo él se impregnó, desde la tierra hasta el cielo, con el enloquecedor aroma de las flores.

Habían programado varias elegías, pero al final decidieron proceder a enterrarlo de una vez, porque ya no hallaban qué hacer con tanta gente y tantas flores, de modo que bajaron el ataúd, sin siquiera haber recitado una oración ni haber entonado una canción de las muchas que tenían programadas.

La tumba fue sellada con una placa de hierro y cemento y tapada con tierra, y encima clavarón, como recuerdo postrero, una cruz de tantas. Creyeron que ya no había nada más que hacer, excepto comenzar las arduas jornadas de barrida, pues calculaban en varios días los trabajos para destapizar las calles, y las plazas, y los parques, y las playas.

Dieron la orden de retirarse. La dieron a gritos varias veces, pero la multitud se mantuvo ahí, quieta, como si no escuchara nada, a pesar de que la voz que les pedía retirarse fue repetida de boca en boca, hasta que se supo en todo el extenso cementerio.

Las gentes que se quedaron por fuera del camposanto, porque no cupieron dentro de sus linderos, no se movieron, ya que ni se enteraron de la orden, pues hasta ellos no llegó jamás la voz retransmitida.

Fue ahí cuando sobrevino el diluvio. Aquel diluvio de maravilla, que habría de quedar grabado para siempre en la memoria clandestina de todos los pueblos de la tierra, y que casi obligó al papa a autorizar una reforma de la Biblia, para que quedara constanding ante las generaciones futuras, en las escrituras sagradas, que muchos siglos después del arca de Noé, hubo otro diluvio universal, pero no de agua, sino de flores rojas, y azules, y rosadas, y grises, y verdes, y amarillas.

Al principio, nadie reparó en las flores que caían, porque apenas cayeron unas pocas, y pensaron cualquier cosa, o no pensaron nada, para explicar por qué caían.

Pero después se desató el diluvio, soberbio, torrencial, maravilloso, y entonces la gente vio caer del cielo, primero miles y miles, y después millones y millones de flores de todas las clases: comenzaron a caer azucenas, y gardenias, y gladiolos, y claveles, y pompones, y rosas, y margaritas, y violetas, y astromelias, y jacarandas, y jacintos, y lirios, y orquídeas, y catleas, y amapolas, y cecilias, y dalias, y crisantemos,

y anturios, y jazmines, y clavellinas, y begonias, y anémonas, y liutos, y kantutas, y heliotropos, y tu-y-yoes, y geranios, y tulipanes, y agapantos, y girasoles, y pensamientos, y magnolias, y hortensias, y victorias, y camelias, y nardos, y alelíos, y mosquetas, y lilas, y malvas reales, y petunias, y pasionarias, y aromas, y calas, y lotos, y siemprevivas, y acacias, y amarantas, y trinitarias, y nenúfares, y rododendros, y ceibos, y guarias, y copihues, y sacuajoches, y maquilhues, y lotos, y bromelias, y mirtas, y azahares, y novios, y helicóneas, y musadendas, y vainillas, y álsines, y arándanos, y arrayanes, y clemátides, y almendros, y narcisos, y nelumbios, y pelargonios, y acianos, y adelfas, y azaleas, y dragones, y buganvillas, y campanillas, y mercuriales, y milamosas, y milamores, y ornitólogas, y oxálicas, y peonías, y resedas, y retamas, y acónitos, y ranúnculos, y adormideras, y el enorme tapiz se fue extendiendo, y extendiendo, y extendiendo, hasta que varias horas después la tierra no era tierra, sino un inmensísimo jardín de flores finas y sencillas, de flores de todos los colores y de todos los aromas, y los gobiernos no hallaban qué hacer ante tanta maravilla.

No hubo necesidad, sin embargo, de destapizar las calles, ni las playas, ni los techos de las casas; ni de ninguna gigantesca jornada de barrida. Porque, de súbito, las flores, ellas mismas, empezaron a acomodarse extrañamente, bellamente, fascinadamente, a entrelazarse como si estuvieran vivas, como si manos invisibles hubieran empezado a hacer con ellas millones y millones de arreglos florales al mismo tiempo, y

entonces, ante los ojos maravillados de los gobiernos, de los pueblos, de los ejércitos acostumbrados a pisotear las flores con sus tanques de desgracia, el mundo entero se fue llenando con el soberbio e imborrable espectáculo multicoloreado y multiaromado de millones y millones de guirnaldas, que se colgaron en los balcones de las casas, en las torres de las iglesias, y en los edificios públicos donde los burócratas apenas insinuaban, trémulos de asombro, que el presidente debería declarar perturbado el orden público y dictar un decreto prohibiendo las lluvias de flores en toda la república.

Las flores, pues, de manera caprichosa, con un sentido jamás visto de la estética, formaron, ellas mismas, jardines enormes y bellísimos en las carreteras, en las avenidas, en las redes de los ferrocarriles, a orillas de los ríos, en las playas, en los talleres donde los hombres humildes forjaban la vida a golpes de yunque, y hasta en aquellas plazas donde otrora solían acostarse los niños sin padres a morirse de hambre mientras la ciudad entera parecía volcarse allí para abarrotar canastas y canastas interminables con el mercado colosal de una semana.

Llenaron así el mundo entero de ramilletes enormes, de jardines exóticos, de guirnaldas jamás vistas por los ojos de los hombres, y perfumaron el aire de la tierra con su fragante, delicioso y enloquecedor aroma. Llovió durante cuarenta días y cuarenta noches, pero no agua, sino flores.

Fue un diluvio en el que nadie habría de morir, excepto los amantes de la guerra, que se murieron de disgusto al ver que la vida les sepultaba sus cañones, y,

antes por el contrario, a las pocas horas de haber comenzado aquella maravilla, ocurrió la resurrección de Fernando Sebastián, el hombre que más había amado las flores y la vida, porque la vida decidió aquel día que un hombre así de amoroso con las flores no podía seguir muerto, ahí, acostado sin hacer nada, no más perdiendo el tiempo por los siglos de los siglos, sino que debía levantarse a seguir enseñando, con el buen ejemplo, cómo debían los hombres amar las naturaleza, así que, en plena lluvia de flores, cuando todavía nadie se había retirado del cementerio, porque la gente estaba extasiada con el espectáculo maravilloso que gratuitamente les estaba prodigando el cielo, vieron cómo las flores que tapaban la tumba de Fernando Sebastián comenzaron, primero a rebullirse como un remolino incomprensible, y luego a desplazarse hacia los lados formando un hermoso recuadro multicolor alrededor de la losa, y otras armaron abanicos florales que se colocaron expectantes alrededor del sepulcro, y era tan fascinante la visión que parecía como si Dios hubiera decidido repetir en torno a aquella tumba la maravilla irrepitada de los jardines colgantes de la antigua Babilonia.

En seguida, un torbellino silbador derribó la cruz plantada por los enterradores, dispersó la tierra que recubría la sepultura, y sacudió la pesada placa que la clausuraba.

Entonces vino lo que vino; lo que la multitud petrificada por el asombro nunca se hubiera imaginado: alguien, desde adentro de la tumba, levantó la losa, con

una suavidad imposible, y fue ahí cuando apareció, cual Lázaro moderno, Fernando Sebastián, asomando la cabeza, desconcertado por completo, porque ni siquiera entendía qué diablos estaba sucediendo, qué era aquella algarabía que se había formado al asomarse, y qué era aquel carnaval celestial que sus ojos atónitos y todavía soñolientos estaban contemplando.

Muchos corrieron asustados, porque ya no eran capaces de soportar tantas sorpresas en tan poco tiempo, y mucho menos la insólita sorpresa de la resurrección de un muerto. Pero la inmensa mayoría fue capaz de aguantarse el espanto, porque nadie quería perderse detalle alguno de lo que estaba sucediendo, y por ello fueron miles los testigos de excepción de la forma como Fernando Sebastián regresó del mundo de los muertos y se reincorporó al mundo de los vivos, en medio del diluvio.

En realidad, todos esperaban una resurrección triunfal, espectacular, en la que el muerto resucitado levantara los brazos, haciendo con ellos la V de la victoria, y al mismo tiempo repitiera la V de la victoria con los dedos, luego se levantara del suelo, primero algunos centímetros de levitación preliminar y enseguida varios metros de levitación confirmatoria, y finalmente se elevara hacia los cielos en cuerpo y alma hasta perderse entre las nubes para siempre, pero rápidamente comprendieron que así no podría ser, porque habría resucitado un muerto para volver a morirse enseguida, y eso sí sería, aparte de inútil, una resurrección sin gracia.

No. Mirándolo bien, la resurrección no fue nada del otro mundo. Sencillamente, el propio Fernando Sebastián acabó de quitar la losa, y, asiéndose de los bordes de la tumba, se salió solo, y una vez afuera se restregó los ojos soñolientos y se sacudió el polvo del safari blanco con el cual lo habían enterrado, y luego se paró, ahí, con las manos en la cintura, a mirar para el cielo cómo caían y caían flores, y todos tuvieron la impresión de que él ni cuenta se dio de que había estado muerto.

Después le sonrió a la multitud asombrada, levantando y agitando un poco la mano derecha al tiempo que sonreía, y todos descubrieron, en ese momento, lo simple que es el saludo de un resucitado.

No estaba pálido ni sudoroso ni nada, y ni siquiera se preocupó por ir hasta su casa a vestirse porque ya estaba vestido, como quedó dicho antes, con un safari blanco, y nuevo además, porque se lo habían comprado exclusivamente para su entierro.

Él ni siquiera preguntó dónde estaba o qué había pasado o desde cuándo estaban lloviendo flores del cielo, ni relacionó el jardín infinito en que se había convertido el cementerio, con su muerte, o con las pompas fúnebres de su propio funeral. Ni siquiera volvió a mirar la sepultura en la que estuvo enterrado, y todos comprendieron, de inmediato, que Fernando Sebastián seguiría, por siempre y para siempre, tratando a la muerte con la más absoluta displicencia.

Lo único que le interesó, aquella tarde de su resurrección, fue el diluvio.

Se quedó ahí, parado, mirando hacia el firmamento, contemplando el espectáculo floral más bello que habría de ver en la vida la humanidad entera, y perplejo con la hermosura ilimitada de tantas flores, muchas de las cuales él no había visto jamás, a lo largo de su existencia florida: la flor de lis, la acacia, la amaranta o flor de amor, la flor de la maravilla, la flor de la Trinidad, la cala o flor del embudo, el cantú o flor del inca, la flor de Santa Lucía, la flor de nochebuena o estrella federal, la flor del Espíritu Santo, la flor del cuervo, la flor de la cruz, la flor de pascua, la flor del paraíso, la flor del cacao, la flor del corazón, la flor de Jesús, la flor del Corpus, la flor del volcán, la flor de lazo, la flor de mayo, la flor de mosquito, la flor de los santos, la flor negra, el hibiscus, el nenúfar, el rododendro, el ceibo, la kantuta, la victoria regia, la guaria morada, el copihue, la monja blanca, la flor de la sangre, el sacuaajoche, el maquilhue, la granadilla, pasionaria o flor de la pasión, la flor de loto, la flor de la siempreviva, la flor de la primavera, la aroma o flor del aroma, el clavel de las Indias o flor de muerto, la flor de la fucsia, la paulonia, la flor de la glicina, el amancay o liuto, la flor de la catalpa, la cuna venus, la vanda tricolor suavis de la India, la dama de noche, la orquídea de Misiones, la caléndula, la azucena anteada, la banderita de San Juan, la flor del amarilis, la alheña, la mosqueta, la banderita de fuego, el alelí, el nardo, la lila, la malva real, la petunia, la vanda vandopsis, la guzmania orangeade, la neoregelia carolinae, el narciso de las nieves, la flor azul del aciano, la flor púrpura de la adelfa, la flor blanca de la adormidera, la flor amarilla del dragón,

la flor verdosa del arándano, la flor del cerezo, la olorosa flor de la reseda, la flor de la azalea, hermosa y sin perfume, la blanca flor del álsine, alegría de los pajarillos, la flor del arrayán, copo de nieve sobre el follaje siempre verde, la flor carmesí de la peonía, la preciosa flor de la verbena, la flor exótica de la verdolaga floreciente, el clavel sevillano, el clavel del aire, la amapola del camino, la flor para mascar y la flor de la canela.

Entonces descubrió que todavía le faltaba conocer más de la mitad del paraíso.

Siguió parado ahí con las manos en la cintura, abstraído por completo, y ni siquiera se dio cuenta en qué momento llegó hasta él el clero en pleno, y luego el gobierno en pleno, y luego el cuerpo médico en pleno, y luego el poder judicial en pleno, y luego el parlamento en pleno, y todos se pusieron a mirarlo, a detallarlo, a escudriñar como si estuvieran viendo algún resucitado, y el más maravillado era el médico legista, que había firmado su acta de defunción y había dicho, con seguridad incontestable, que sí, que no había duda, que Fernando Sebastián estaba muerto, bien muerto, absolutamente muerto, muerto de una muerte irreparable que le daba una incapacidad definitiva de mil siglos y como consecuencia permanente le quedaba la secuela irreversible de que seguiría muerto por el resto de su vida.

Nadie se atrevió a preguntarle nada y todos se retiraron cuchicheando, atontados por el miedo, volviendo de vez en cuando la cabeza para mirarlo otra vez, hasta que se los tragó a todos la multitud interminable del camposanto.

Años después, los doctores de la ley y los exégetas no encontraban todavía de qué manera podían reformar la Biblia sin reformarla, para que cupieran en ella el fantástico viaje celestial de los niños y los burros, el episodio asombroso de las flores caminantes, el segundo diluvio universal, y la resurrección, real y comprobada, de Fernando Sebastián.

Al fin, prefirieron dejar estos acontecimientos históricos por fuera de la historia y escribir mejor un librito de cuentos sin gracia, en el que relataron estos hechos diciendo que el médico legista se había equivocado, y que flores jamás habían llovido sobre el mundo, y que nunca las flores caminaron, y que era una fábula de locos sin oficio la historia de los niños y los burros, y después hicieron quemar todos los periódicos de la época, todas las revistas de la época, todas las memorias de la época, todo vestigio que pudiera hacer saber a las generaciones futuras lo que había acontecido, y cubrieron para siempre, y como siempre, la historia verdadera con el manto del silencio, y la versión oficial volvió a ser otra vez la versión de la mentira y el engaño, la por todos reconocida versión de los hechos ocultados por los tiempos de los tiempos.

LOS MONAGUILLOS

Éranse una vez cinco monaguillos.

Uno de ellos se llamaba José Hilario, y todas las muchachas le pedían que nunca fuera cura porque estaban enamoradas de sus cejas.

Cuando pasaba hacia su casa, con sus libros bajo el brazo y el yo-yo enredado entre los dedos, debía atravesar la calle larga, aquella larga calle inolvidable donde habrían de pasar su adolescencia los cinco monaguillos, y entonces las muchachas de la cuadra interminable comenzaban a llamarlo: “José Hilario, José Hilario, ¡regálanos tus cejas!”.

Al igual que casi nada, a excepción de la amistad, él nunca tomó en serio la belleza de sus cejas. Pasaba de largo, simplemente, sonriéndoles a las chicas que lo llamaban, con una sonrisa tímida, ausente de toda picardía.

Tenía el cabello muy corto, y se veía por eso un poco desfasado de la moda, que para entonces sugería a los muchachos el cabello largo. Pero él no se inmutaba con las bromas que sus compañeros le hacían, preguntándole, por ejemplo, qué edad tenía él en los tiempos del diluvio. “La juventud no está en el pelo”, les rebatía con una sonrisa pícaro.

Se tomó la primera cerveza de su vida en la caseta de la coja Ana Joaquina, una tarde de sábado, cuando los cinco llegaron hasta allá, después de atravesar a pie

casi la ciudad entera, con el pretexto de que querían aprender a jugar. Cuando llegaron, la cancha de tejo estaba ocupada. Entonces decidieron beberse de una vez las cervezas de la victoria, sin siquiera haber jugado. Fue exactamente una cerveza para cada uno, una sola cerveza, una cerveza de botella verde y pequeña que, con la sed que flotaba en el sopor de la una de la tarde de aquel día y se les metía, abrasadora, por la boca hasta secarles la garganta, recordarían siempre como la primera bendición celestial que recibieron en la vida.

Después no les interesó el tejo, sino el ping-pong, así que se convirtieron en huéspedes eternos de un club que no era club, pero que así le decían, ubicado en un costado de la iglesia. Lo había hecho contruir el cura párroco para que los jóvenes del barrio no se fueran a buscar la perversión en la clandestinidad de otros lugares, y mantuvieran sus mentes ardorosas ocupadas en el baloncesto, el voleibol, el ping-pong o el ajedrez.

En torno a la mesa de ping-pong, la red, las raquetas de madera y las pelotillas de celuloide, los cinco monaguillos, durante horas enteras, dieron rienda suelta a su alegría, derramaron su sudor y sus tristezas, fortalecieron su amor a la vida, y dejaron volar los sueños locos que en tropel se les venían.

Pero nunca jugaron para comprobar quién era el mejor, sino que, acogiendo una idea iluminada de José Hilario, cambiaron las reglas de juego y se propusieron, en campeonatos interminables, determinar quién era, en definitiva, entre aquellos cinco desastrosos jugadores de ping-pong, el más desastroso de todos, y siempre

ganaba José Hilario. Porque él era el campeón indiscutido, sí, pero de las bromas; experto en pegarle a la pelota con el borde de la raqueta o con el mango; líder en contestar los servicios poniéndose de espaldas mientras hacía temblar las piernas; el más grande en jugar ping-pong con un zapato; el máximo en recibir la pelota con la boca y fingir que se atragantaba con ella, y luego ponerse a protestar con gestos, como haciendo creer que el oponente se la había encajado adrede; y en piruetas y piruetas mil veces repetidas, en medio de la risa.

Muy pronto, los jóvenes vecinos descubrieron el espectáculo y entonces se sentaban al lado de la mesa de ping-pong, sobre los balones de baloncesto, a mirar las payasadas de José Hilario, que de vez en cuando, los sorprendía a todos con nuevas miquerías.

Una noche de domingo, después de la misa de seis, se le ocurrió hacer uno de sus chistes con la bandeja de las vinajeras, llevándola, a espaldas del cura párroco, como llevan las bandejas los meseros, mientras todos se dirigían a la sacristía para cambiarse de ropa, pero la suerte no lo acompañó: perdió el control de la bandeja, y ésta rodó por las gradas del altar mayor, con todo y agua bendita, y vino de consagrar, y aceite, y vinajeras. Los monaguillos sabían cómo había sucedido el accidente, porque venían detrás de él, muertos de la risa, pero cuando José Hilario se tiró de rodillas en el piso, justo en el instante en que perdió el control de la bandeja, y un segundo antes de que el cura párroco volteara a mirar lo sucedido, todos se fueron a ayudarlo

a levantar, y le preguntaron que si se había golpeado muy duro, y él les respondió con un gesto de dolor, y el cura párroco le dijo que tranquilo, José Hilario, que un tropezón cualquiera da en la vida.

Andando el tiempo, José Hilario aprendió a fumar cigarros, y más adelante dejó los cigarros y empezó a fumar fantasías. Una tarde de viernes, como a las cuatro, José Hilario llegó a su casa, con los libros bajo el brazo y el yo-yo enredado entre los dedos, pero sin su sonrisa pícara. Ni siquiera llevaba consigo la sonrisa tímida con la que les respondía a las muchachas su reiterada petición de que les regalara sus cejas. Tiró los libros y el yo-yo en el sofá y siguió derecho hacia la regadera. Unos minutos después comenzó a sonar el agua que caía torrencial de la bañera.

El agua siguió ahí, cayendo y cayendo, sonando y sonando, hasta que dos horas después, intrigados por su desacostumbrada demora, cayeron en la cuenta de que se estaba retardando en demasía, y entonces lo llamaron, luego le gritaron, después le tocaron en la puerta, hasta que finalmente abrieron ésta a patadas, y fue cuando lo vieron.

José Hilario, sin embargo, no estaba con los ojos desorbitados ni con la lengua por fuera, como dicen que mueren los ahorcados, sino ahí, con los ojos cerrados, como si estuviera durmiendo mientras colgaba del lazo.

Éranse una vez cuatro monaguillos.

Uno de ellos se llamaba Ubaldo.

No era negro, pero le decían “el negro”, y él nunca se preocupó en averiguar el porqué de tan inapropiado apodo, ni lo hizo nadie, porque todos pensaban que “el negro” era “el negro” desde los comienzos mismos de la tierra.

Tenía los ojos inmensos, como si estuviera a toda hora mirando con atención el transcurrir de la vida.

Era el más flaco de aquellos flacos, pero eso, lejos de preocuparlo, le producía cierto orgullo. “A mí no me pican los zancudos —decía— porque saben que se les tuerce la trompeta”.

Le gustó toda la vida la chica del frente, la vecina de los ojos verdes y el cabello marrón, liso e interminable, la misma que también le gustaba a otro de sus compañeros, a quien él solía decirle, para correrlo de la disputa, que aquella chica ya tenía dueño.

Y lo tuvo. Pero no fue él, ni el otro monaguillo, sino un tercer pretendiente sin gracia, de quien ambos pronosticaron que ninguna felicidad habría de darle en la vida.

Ubaldo era el experto del grupo en treparse a los árboles a bajarse las guayabas ajenas o a los postes de la luz a desenredar las cometas.

Por eso, tiempo después, aquella mañana de setiembre, cuando Ubaldo, con el pensamiento entorpecido por las fantasías fumadas, empezó a subir por el poste de la luz hacia las cuerdas, nadie se imaginó lo que sucedería. Nadie se lo imaginó, aunque ya no era

agosto, ni había papalotes rezagados en el aire, ni quedaban cometas enredadas en el poste, aquel maldito día.

Ubaldo subió, hasta que llegó al extremo del poste, y entonces, cerrando sus ojos con fuerza, para no ver los millones de chispas ni su carne chamuscada, se agarró duro de los cables de la alta tensión y los apretó con fuerza, con fuerza decidida, como para asegurarse de que el voltaje colosal que se le metió en el alma, no le fuera a dejar, por algún error imperdonable del destino, un hálito de vida.

Éranse una vez tres monaguillos.

Uno de ellos se llamaba *Ciro Antonio*.

Tenía el pelo rubio y una incalculable multitud de pecas en la cara.

Por ser el menor de todos, siempre andaba de último en el desfile pequeñito que hacían los monaguillos con el cura párroco antes de la misa. Hasta un domingo en que a todos se les olvidó el orden que el cura párroco les había impuesto, y salieron al altar mayor exactamente al contrario: con *Ciro Antonio* de primero.

Al cura párroco no le disgustó la idea y, al término de la misa, ya en la sacristía, mientras se cambiaban de ropa, les dijo que, a partir de ese momento, quedaba invertido el orden de salida.

Desde entonces *Ciro Antonio* fue el primero en todo: primero, en las procesiones; primero en los lavatorios; primero en los entierros; en todo fue el primero de ellos, menos en fugarse de la vida.

Una noche tachonada de luceros, con la memoria flotando entre un mar de fantasía, *Ciro Antonio* tomó un taxi y le pidió al conductor que lo llevara hasta el puente del sur de la ciudad, porque tenía una cita. El chofer contó después que él le preguntó a *Ciro Antonio*, bromeando, cómo era la chica. Pero *Ciro Antonio* no le contestó nada, y el cochero creyó que había sido indiscreto al hacerle la pregunta. No hablaron nada más por el camino, hasta que llegaron a los inicios del largo viaducto. Entonces *Ciro Antonio* le pidió que lo dejara ahí, en ese lugar, que él seguiría a pie hasta la mitad del

pontón, que era el lugar de la cita. Le pagó el servicio al piloto, se bajó del carro, cerró la puerta suavemente, y empezó a caminar con prisa a lo largo de la pasarela. El automovilista dijo más tarde a la policía que él no había arrancado de inmediato porque le pareció extraño no ver a nadie esperándolo y que debido a ello empezó pronto a dudar que fuera verdad lo de la cita.

Ciro Antonio llegó hasta la mitad del puente y, sin vacilar un instante, comenzó a subir por las barandas. Fue en ese momento cuando el taxista hundió el acelerador del coche y partió velozmente hacia él, gritándole que no, que no lo hiciera, que esperara, que esperara. Pero **Ciro Antonio**, al ver venir el auto y escuchar los gritos, aceleró su decisión, subió con presteza a la cúspide del barandal y se arrojó, de una vez por todas, en brazos de la desesperanza.

Éranse una vez dos monaguillos.

Uno de ellos se llamaba Mario.

Mario, el que, cuando reía, se le hacían dos hoyitos en la cara.

Mario, el de la melena larga.

Mario, el que siempre se amarraba mal el cinturón de lazo, y entonces su blanco traje de monaguillo se le deformaba y se le abombaban las nalgas.

Mario, el que solía confundir las vinajeras, y ponía a beber al cura párroco, indistintamente, aceite, vino o agua.

Mario, el del copete eterno, que ningún peluquero fue capaz de corregirle, para evitar que se parara.

Mario, el que una noche de lluvia y fantasía, sin avisar ni despedirse, se fue de la ciudad, y sólo se supo de él aquella tarde calurosa de abril cuando, un año después de sucedido, trajeron, por fin, la noticia de su entierro. Dijeron que la causa había sido una sobredosis de su ilusión por viajar a las estrellas.

Érase una vez un monaguillo inolvidable cuyo nombre se me olvida.

Un monaguillo que disputó con Ubaldo algo que de ninguno de los dos sería.

Un monaguillo alegre, flaco y pálido, que, entre campana y campana, escribía poesías.

Un monaguillo cantor que cantaba en las mañanas, saludando el nuevo día.

Un monaguillo al que le gustaban tanto los helados de corozo como el compartir la vida.

Un monaguillo de mente abierta y de corazón cambiante, que amaba tanto las flores como amaba la alegría.

Un monaguillo dador de serenatas, que despertaba a sus amigos con canciones repetidas.

Un monaguillo que se quedó solitario, y entonces dejó de ser monaguillo cualquier día.

UN CUENTO DE AIRE

A Beto Espitia siempre le gustaron las cometas.

En Morropobre lo veíamos todos los días, elevando sus exóticas obras de múltiples colores y rebuscadas formas, a las que cada vez parecía querer darles más altura. “Nunca fue bueno para el estudio”, me dijo doña Conchita la otra tarde, cuando fui a su casa a licuar las guayabas para el jugo del almuerzo. “Esos aparatos de hoy salen muy malos”, comentó la anciana apenas le pregunté que si me daba permiso de usar su licuadora porque la de la casa, a pesar de ser una licuadora nueva, se nos había dañado. Mientras armaba su viejo Osterizer, ella continuó quejándose. “Ahí tienes el ventilador que compró Efrén la semana pasada — me ejemplificó, mostrándome el aparato instalado en un rincón—. Más fresco se echa uno con las carátulas de los discos”. “Eso sí es verdad — asentí, para tratar de hacer ameno el rato—. Hasta los libros vienen ahora incompletos. A la Biblia que compré anteayer le hace falta medio Deuteronomio”. “Uno compra una bombilla hoy — prosiguió la anciana— y tiene que cambiarla al otro día”. “Ahí tienes — apuntó, señalando el portalámparas vacío del comedor—. Para poderle ver el color a la comida tenemos que prender velas, como si estuviéramos rezando el rosario”.

Cuando Beto entró, con varios rollos de papel multicolor, ya estaban licuadas las guayabas. “Mañana iré temprano a Morropobre — me anunció sonriendo—.

Quiero probar mis últimas cometas”.

“La situación ya no está para cometas”, le objetó doña Conchita, mientras lavaba la licuadora.

“Algún día correrán mejores vientos, mamá — le replicó Beto, mientras descargaba los rollos de papel sobre la gigantesca mesa del comedor—. Cuando empiecen a conocerse mis cometas en el mundo, las pedirán hasta del África”.

“Debes volver al colegio — le reprochó doña Conchita—. Los pobres no podemos quedarnos toda la vida elevando papeles”.

“No son papeles, mamá, ya te lo he dicho muchas veces — le rectificó Beto, sonriendo—. Son cometas”.

Era un gran monstruo de papel de diez colores. “La cometa más grande del mundo”, explicaba Beto, con cierto aire de pedantería. “Es la única que no pienso vender jamás”, recaló esa tarde de domingo, cuando lo encontré limpiando un disco de Los Beatles con una almohadillita empapada en agua. Su enorme obra yacía serena encima de la mesa del comedor. La rebasaba por completo, con su esqueleto espectacular de cañas entrelazadas, su gigantesco rabo de retazos y su exótico cuerpo multicolor que brillaba con luz propia. “Será la reina de los cielos en agosto”, continuó alardeando Beto Espitia, al tiempo que graduaba las revoluciones por minuto del pequeño tocadiscos. “A veces pienso que deberías

seguir estudiando”, le dije, cuando ya Los Beatles comenzaban a llenar el ambiente con la canción “Hey Jude”. Beto comenzó a cantar también, desafinado, mientras se dejaba caer sobre el anchísimo sofá, el único mueble de la sala. “De verdad, yo pienso que el estudio te va a hacer falta en la vida”, le insistí. “¡Tonterías!”, repuso Beto, y siguió cantando indiferente a mis consejos. “El tiempo, de verdad, ya no está para cometas”, le censuré, un poco molesto por su displicencia. Entonces él interrumpió su canto. “Siéntate — me pidió—. Ya vendrán mejores vientos”.

La tarde en que doña Conchita fue a llevarle masato de arroz a mi mamá, le averiguó por nuestra licuadora. “Ya me la repararon” le contestó mi mamá.

“Esos aparatos de hoy salen muy malos”, criticó doña Conchita, mientras revolvía en el tinto los dos cubitos de azúcar.

“Él — indicó mi mamá, señalándome— compró la Biblia y le salió incompleta”.

“Hasta los libros salen deficientes”, recalcó doña Conchita, mientras se despojaba de sus gafas.

“Le hacía falta medio Deuteronomio”, apostilló mi mamá. “Sí, así es — glosó doña Conchita, inmediatamente después del primer sorbo—. Ya ni la palabra de Dios la respetan”.

Yo estaba escribiendo a máquina en aquellos momentos. Entonces detuve un instante mi trabajo para

preguntarle a doña Conchita dónde estaba Beto. Ella volvió a mirarme, sin gafas, con sus ojos verdes y astigmáticos. “¿Dónde más va a estar! — me respondió, con una sonrisa de resignación—. Allí, en Morropobre. Está probando sus últimas cometas”.

A Beto Espitia siempre le gustaron las cometas.

Varias veces nos contó, con orgullo, que había tocado el cielo con sus maravillosas creaciones de papel multicolor.

“Ya que los pobres jamás suben al cielo — nos dijo la otra tarde— por lo menos que suban sus cometas”.

“Qué lindo es verlas volar — solía expresarnos—. Pero más lindo sería que uno pudiera viajar a bordo de ellas, que uno pudiera volar cuando quisiera”.

El día en que Violeta, su novia, cumplió diecinueve años, Beto le regaló una de sus mejores cometas, pero a ella sólo le pareció un regalo absurdo. “¿Qué diablos hago yo con una cometa?”, manifestó. Y desde ese día comprendimos que aquel noviazgo no duraría mucho.

Y no duró.

“Es un muchacho sin porvenir — me explicó Violeta, la noche en que hablamos acerca de la ruptura—. No hace más que elevar papeles todo el día”.

“Tú podrías orientarlo y hacerlo aterrizar — le insistí, repuesto en seguida de su exhibición de madurez— .

Cuando hay amor, nada es imposible”.

“Es que no lo quiero. Ya se lo dije a él mismo. No lo quiero”, me explicó con vehemencia.

Y era cierto. Violeta se lo expuso tajantemente a Beto la noche de la ruptura.

“No es que no me quieras — le rectificó Beto, aquella noche triste de diciembre—. Lo que pasa es que tú no sueñas, y por eso te aburren mis cometas”.

El día del viaje, en el aeropuerto hizo más frío que de costumbre.

“Los vuelos siempre salen retrasados”, le argumenté a Beto, tratando de evitar que siguiera protestando contra la compañía aérea.

“El premio será mío”, le oí vaticinar varias veces.

“Nunca soñé montar en avión, sólo en cometa”, le dijo a mi mamá, después de agradecerle una vez más que le hubiera prestado dinero para pagar la cuota inicial del pasaje.

“Lo primero que haré con el premio será ir contigo a Cartagena — le prometió a doña Conchita—. A veces sueño que estamos paseando juntos por el mar, una noche salpicada de estrellas, montados los dos en un coche chambacunero”.

“No hable disparates, hijo”, le suplicó doña Conchita.

Entonces vino el instante fugaz e interminable de las despedidas.

“Mucha suerte, hermano”, fue lo último que recuerdo haberle dicho.

“Ya, hijo, ya”, lo apuró doña Conchita, cuando empezó a oírse en todo el aeropuerto la femenina voz de los parlantes.

Doña Conchita se colocó a mi lado, esbozando una sonrisa triste, y con los ojos inundados de lágrimas. “Dios me lo bendiga”, musitó, como si estuviera rezando, cuando lo vimos en la parte baja de la escalerilla, mostrándonos el tiquete a los encargados de controlar el ingreso de los pasajeros a la nave, y alcanzamos a darnos cuenta de que hubo algún inconveniente inicial con relación al tamaño de su cometa.

Pero al final, Beto y su creación multicolor desaparecieron más allá de la puerta del avión, y sólo lo pudimos seguir viendo en la memoria.

“Dios me lo bendiga”, volvió a susurrar doña Conchita. “Los que se alejan vuelven”, le dije, sin poder evitar que las manos se me enfriaran.

El último pasajero que subió por la escalerilla llevaba una guitarra. Al llegar a la puerta, volvió a mirar hacia la terraza y saludó, alzando el instrumento.

“¡Adiós, papito!, ¡adiós, papito!”, gritaron dos niños que estaban a nuestro lado.

A pesar del ruido ensordecedor de los motores del avión, escuché en ese momento la voz de un hombre que gritaba cerca de allí, ofreciendo piñas.

Yo no sabía del Primer Campeonato Universal de Cometas, hasta el día en que Beto me lo contó, y yo creí que estaba bromeando.

“El premio es único — me explicó, mientras se frotaba las palmas de las manos entre sí—. Solamente premiarán a la mejor cometa”.

Al día siguiente, lo leímos en el periódico.

“En este mundo suceden las cosas más raras”, comentó don Efrén, cuando se refirió por primera vez al certamen mundial en el que su hijo iba a participar.

“Nadie fabrica en el mundo mejores cometas que yo, papá — presumió Beto—. Ya verás que de la capital regresaré con el premio”.

“Dios lo oiga, mijo”, le deseó el viejo.

Mi mamá le prestó para la cuota inicial del pasaje en avión. “Fabricante de cometas que se respete, tiene que viajar por el aire”, nos exteriorizó Beto, jocosamente, cuando salíamos de la agencia de viajes.

Ese mismo día estuvimos visitando a José Miguel, el primo de Beto, que se había descompuesto un brazo al caerse de un caballo.

“Todos los hombres deberían hacer como hacen las cometas”, nos afirmó Beto ese día, sentado al borde de la cama de José Miguel.

“¿Qué cosa?” le pregunté.

“Ir siempre hacia arriba”, me contestó.

“No siempre soplan vientos favorables”, le dije.

“Pues entonces — me respondió— hay que subir en contra del viento”.

Sobre la manera como ocurrió el accidente, hubo varias versiones. Cada quien quería ser el poseedor de la verdad. Cada quien ambicionaba que se tuviera su tesis como cierta. Cada quien pretendía explicar por qué había estallado el avión en pleno vuelo si segundos antes el piloto había reportado absoluta normalidad.

El gerente de la compañía aérea insistió en que los culpables eran terroristas enemigos del gobierno. “Pero yo no veo por qué matan a personas como Beto”, le dije a José Miguel cuando me lo contó. El convaleciente jinete, había oído las declaraciones en las noticias radiales. “El avión llevaba muchos días volando sin revisión técnica”, denunció ese mismo día un ingeniero de vuelo destituido meses atrás. “A las compañías sólo les importa enriquecerse — manifestó por la radio un familiar de una de las víctimas—. La vida de los pasajeros les importa un diablo”.

Mi mamá no se separó de doña Conchita durante todo el día. “Quiero ver a Betico, quiero ver a Betico”, le repetía entre lágrimas. “Apenas los rescaten los devolverán a sus hogares”, le reiteraba mi mamá. “Tenga paciencia — le encarecía—. Mi Dios proveerá”.

El rescate de los cadáveres era imposible. “La zona la declararon camposanto”, me explicó mi mamá, con los ojos inundados.

En la televisión presentaron las fotografías de la tripulación. “Eran veteranos”, insistía el gerente de la compañía aérea. “Fueron terroristas”, reafirmaba, cada vez que le preguntaban por las causas.

“¡Y ya qué importan las causas! — le gritó doña Conchita, cuando estábamos viendo esa noche el noticiero televisado—. ¡Con saber las causas no me van a devolver vivo a mi hijo!”.

Poco después, abrumados por declaraciones contradictorias, opiniones ambiguas, condenas teóricas y anuncios de castigos severos para los delincuentes, decidimos apagar la televisión, desconectar la radio, no leer periódicos, ni saber de nada que tuviera relación con la tragedia, y, más bien, buscar fortaleza en nuestras creencias religiosas.

(En todo caso, nunca habrían de precisar ante la opinión pública cuáles fueron las verdaderas causas del estallido del avión en pleno vuelo. La versión del atentado terrorista se quedó para siempre flotando en el espacio).

Con el paso de las horas, la imagen de Beto Espitia elevando sus gigantescos papeles multicolores se me hizo más intensa y nostálgica.

“Mi mamá no debió haberle prestado para la cuota inicial de ese pasaje maldito”, llegué a sugerirle a José Miguel el primer día del novenario. “La vida es así — me dijo—. Uno no sabe cuándo se va a acabar todo”.

Me propuse, entonces, nunca olvidar a Beto Espitia.

Nunca olvidar sus gigantescas cometas. Nunca olvidar sus rollos de papel multicolor, sus sueños, sus planes y sus mentiras.

Cuando me figuraba el accidente, imaginaba su cuerpo fragmentándose en el aire, al igual que su cometa

enorme y los millones de ilusiones que edificó sobre el viento.

Se había matado un soñador. “El destino no quiere que los soñadores vivan — le dije a José Miguel—. Mientras haya en el mundo soñadores, el destino sabe que corre peligro porque los soñadores son capaces de cambiarlo. Los hombres que no sueñan son esclavos del destino”.

Pero ni él, ni nadie, pudo sustraerse a las lágrimas, ni esa noche ni la siguiente, siempre que recordábamos, en plenas oraciones novenarias, que Beto Espitia se había despedazado una mañana en el cielo, en ese mismo cielo azul y limpio surcado tantas veces por sus sueños y por el agitar multicolor de sus cometas.

Fue la segunda noche del novenario cuando pasó lo que pasó.

Primero vimos a lo lejos un punto luminoso en el infinito, que se movía. Entonces pensamos que era simplemente un ovni, y no le pusimos atención pues ya nadie se interesaba por los ovnis hacía tiempo. Después notamos que el punto luminoso se acercaba, poco a poco hacia nosotros, y alguien dijo que solamente eso nos faltaba: que vinieran extraterrestres sin oficio a interrumpir nuestro dolor sin nombre y a violarnos la intimidad de la añoranza. Pero luego, cuando le vimos forma de cometa, el corazón se nos subió a la boca, y doña Conchita se levantó, con la camándula todavía en las manos, y mi mamá se irguió también, sin soltar el

librito de la novena, y todos nos paramos y salimos a la calle, para verlo mejor y más cerca. Entonces fue cuando sucedió el milagro. Sí, era la cometa, el mismo gran monstruo de papel de diez colores, la que Beto se llevó en el avión con el alma atiborrada de esperanzas. Y ahora Beto, el mismo Beto Espitia, el idealista, venía subido encima de ella, de pie, con los brazos totalmente abiertos, inmensamente abiertos, con los dedos extendidos hacia el cielo, y con su loca carcajada completamente suelta. “¡Pendejos! -nos ensordeció-. ¡Háganse a un lado, que no me dejan ver la pista!”. Ahí se desató la locura colectiva. Porque todos comenzaron a gritar, y a saltar, y a cantar, y a bendecir al cielo, mientras la enorme cometa descendía. Don Efrén se tiró de rodillas en plena calle y juntó las manos hacia el firmamento, desde donde bajaba su hijo más vivo que nunca, y se puso a rezarle a Dios, con toda la fuerza que le daban sus pulmones, como tratando de garantizar así que Dios lo oyera. Mientras tanto, la cometa descendía y descendía. Pero doña Conchita no es eró a que aterrizará, sino que, cuando la singular aeronave ya se disponía a tocar tierra, dio un salto descomunal y se agarró del cuerpo de su hijo. Los atónitos espectadores disfrutamos, comentamos, elogiamos y aplaudimos la proeza. Fue en ese momento inolvidable, cuando presenciamos desde abajo, con los ojos inundados por las lágrimas, el abrazo más grande jamás visto a lo largo y ancho de la comarca. Doña Conchita, enloquecida, estampaba en el rostro de Beto muchos besos, al tiempo que lloraba, mientras repetía: “¡imijito! imijito!”.

La cometa aterrizó en medio del tiberio incontrolable, y de ella descendieron, victoriosos, Beto Espitia y doña Conchita, riéndose como poseídos de una locura desenfrenada, agitando los brazos una y otra vez, en señal de triunfo, y entonces hubo esa noche un concierto celestial de voladores, y vino a cántaros, y comida al por mayor, y música de bandoneón, de guitarra y de saxófono; y de voces que terminaron enronquecidas luego de cantar primero y ulular después centenares de canciones de la tierra.

“¿Qué hiciste para que tu cometa brillara en la noche? ¿Con qué la iluminaste?”, le pregunté al resucitado navegante, desgañitándome para que mi voz no fuera arrasada por el estrepitoso turbión de la algazara.

“Con luz propia -me contestó Beto al oído, poniendo a prueba la resistencia de mi tímpano siniestro-. La gente no se imagina hasta dónde puede llegar a iluminar un rayo de alegría”.

(A partir de este episodio, se pusieron de moda, como ustedes lo saben, las cometas voladoras. La gente puede ir hoy en día a conocer de cerca las estrellas, gracias a que Beto Espitia, el soñador, logró, por fin, el sueño de su vida: el de poder volar cuando quisiera).

Después de aquella frustrada segunda noche del novenario de Beto, todo fue aclarado, y así supimos lo que sucedió en realidad, y el por qué Beto Espitia estaba vivo, más vivo que nunca, a pesar de que viajaba en el avión volado por los terroristas.

Averiguamos que Beto Espitia, a pesar de haberse embarcado en el avión que nunca aterrizó, no estaba dentro de él al momento de la tragedia.

Porque antes de que sucediera lo que sucedió, antes de que el avión estallara en pleno vuelo, antes de la hecatombe horrible que lloramos hasta más allá del cansancio, él, hastiado de ir viajando sentado en una silla, amarrado por la cintura, ahí, sin gracia y sin emoción alguna, decidió bajarse del avión en plena cordillera, ante la mirada estupefacta de quienes jamás habrían de llegar a ninguna parte, y se fue, sí, se fue surcando los cielos trepado en su monumental cometa.

Cuando llegó a la capital, ya el concurso estaba terminando, ya estaban los jurados a punto de dar su veredicto, pero cuando la multitud vio llegar a Beto, viajando por el aire, encima de su cometa, de pie, con los brazos totalmente abiertos, inmensamente abiertos, con los dedos extendidos hacia al cielo, y con su loca carcajada de felicidad completamente suelta, comenzaron todos a gritar en coro: "¡Él es el campeón! ¡Él es el campeón!", y hasta los jurados empezaron a gritar: "¡Él es el campeón! ¡Él es el campeón!", y de esa manera Beto Espitia fue proclamado para siempre rey universal de las cometas.

15 de mayo de 1981